

Deberes recíprocos de los esposos y las esposas

“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro”
(1 Pedro 1:22).

El matrimonio es la base de la constitución de la familia. El Espíritu Santo dice: *“Honroso sea en todos el matrimonio”* (Heb. 13:4). El apóstol Pablo condenó como *“doctrina de demonios”* a aquellos que *“prohibirán casarse”* (1 Tim. 4:1, 3).

El matrimonio es una institución divina establecida en Edén y fue honrado por la presencia personal de Cristo, quien lo bendijo al hacer en una boda su primer milagro, demostrando que él era el Hijo de Dios, el salvador del mundo.

El matrimonio distingue al hombre de las bestias, asegura la continuidad de la especie humana, contiene la fuente de la felicidad y de todas las emociones virtuosas, y de toda la sensibilidad generosa que refina y adorna el carácter del hombre.

Un elemento de tanta envergadura debe ser salvaguardado con solícita vigilancia, con prudencia y mucha atención. Por lo tanto, en el presente estudio analizaremos, a la luz de las Sagradas Escrituras, las funciones que son comunes al marido y a la esposa.

1. El primer deber que debemos mencionar, porque es la base de todos los demás, es el amor. Sin este deber el matrimonio se degrada en algo brutal y sórdido.

Este deber, que se ordena especialmente al marido, también le corresponde a la mujer. Tiene que ser mutuo, o no habrá verdadera felicidad.

No habrá felicidad para la parte que no ama: porque va a estar encadenado de por vida a una persona hacia la cual no tiene ningún afecto, siempre estará en compañía de una persona que le causará repulsión, pero a la misma vez estará unida por un lazo que impide la separación.

Tampoco podrá haber felicidad para la parte que ama: este afecto no correspondido pronto expirará y sólo vivirá para consumir el miserable corazón que se quema. Un matrimonio sin amor mutuo es uno de los espectáculos más lamentables en la tierra. Ellos, en circunstancias normales, no pueden ni deben separarse, y sin embargo, se mantendrán unidos sólo para atormentarse el uno al otro (John Angell James).

Esta clase de matrimonio debe ser un aviso para los que están solteros, pues, les advierte contra el pecado y la insensatez de formar esta empresa sin estar cimentado en la base pura

y santa de la unión; pero también sirve para amonestar a los que ya están unidos, para que sean más vigilantes en su relación, para que no dejen apagar la llama sagrada del amor.

Siendo que la unión matrimonial debe cimentarse sobre la base del amor, entonces se debe tener mucho cuidado, sobre todo en las primeras etapas, para que no surja nada que perturbe o dañe estos afectos.

Cualquier conocimiento que podamos obtener, antes del matrimonio, de los gustos y hábitos de la pareja, no será tan exacto, ni tan amplio, ni tan profundo como el que se adquiere al vivir juntos.

Ahora, en la medida que vamos notando los primeros defectos y fallas triviales, no deberíamos permitirles que produzcan en nosotros una impresión desfavorable de la otra persona.

Si queremos conservar el amor, debemos asegurarnos de conocer con mucha precisión lo que le gusta y disgusta a la otra persona, y debemos ser muy diligentes en abstenernos de cualquier cosa, aunque sea mínima, que sabemos es contrario a sus gustos.

Si queremos conservar el amor seamos cuidadosos en evitar toda clase de distinción entre lo mío y lo tuyo, porque esto ha sido el origen de todas las guerras en el mundo. En el matrimonio procuramos la felicidad del otro, nos interesamos por lo que a él o ella le agrada, y buscaremos siempre su gozo. No estamos interesados en que la pareja haga lo que a mí me agrada, sino en lo contrario, haré lo que a ella le agrada. Si los dos piensan de esta manera, el amor unificador crecerá abundantemente.

2. El segundo deber impuesto en la vida conyugal es el respeto mutuo. Pues, aunque a la mujer se le pide una reverencia especial hacia su marido, también el marido debe respetar a su mujer.

Como es muy difícil respetar a los que no tienen el derecho a ello es de gran importancia y de inmensas consecuencias el que aprendamos a mostrar para con el otro una conducta que merece respeto.

La estima moral es uno de los más firmes apoyos que guardan y protegen el amor. Un alto grado de excelencia en el respeto mutuo producirá mucha estima y amor. Los esposos se conocen con mayor precisión que cualquier otra persona en el mundo. La intimidad de la relación matrimonial permite que el otro conozca nuestros motivos y nuestro carácter está abierto a su vista, de manera que nos conocemos el uno al otro.

Por tanto, si queremos ser respetados, debemos ser respetables. Es verdad que el amor cubre multitud de faltas, y es verdad que cree todo lo bueno; pero no debemos abusar de la

credulidad y la ceguera del amor: hay un punto en el cual ni siquiera el amor puede ser ciego al color carmesí de una acción pecaminosa.

Cada parte de una conducta pecaminosa contribuye a que se hunda la estima mutua y poco a poco se va minando la seguridad del cariño. Por lo tanto, el respeto mutuo debe ser invariable en toda la conducta de la pareja, incluso, en las cosas más pequeñas e insignificantes.

Después que el cónyuge falla no debe hacerse un examen microscópico de sus defectos, se deben evitar los epítetos de desprecio, las palabras descorteces y las actitudes frías.

Es necesario evitar ofender al cónyuge que falló cuestionando su espiritualidad o acusándolo de ser un falso creyente. Cuando un cónyuge falla, el otro debe responder con cortesía, ternura y estima; esta es la manifestación del amor que preservará el respeto mutuo. Pero este respeto debe conservarse no sólo en la intimidad del matrimonio, sino ante los demás. Es de lo más inapropiado que un cónyuge rebaje la estima o el honor del otro ante los demás por una acción, palabra o una mirada.

3. La mutua fidelidad y compañerismo es un deber impuesto tanto al marido como a la mujer. Estamos unidos para ser compañeros, para vivir juntos, caminar juntos y hablar juntos. La Biblia ordena al hombre que viva con su mujer “*sabiamente*”, es decir, con conocimiento (1 P. 3:7).

“Esto”, dice Mr. Jay, “busca que los esposos residan juntos, en oposición a la ausencia o al vivir de manera itinerante. Es absurdo que los que no tienen posibilidades de vivir juntos entren en el estado matrimonial; no deben casarse hasta cuando puedan asegurarse que siempre vivirán juntos. Además, los que ya están casados no deben innecesariamente separarse por un viaje prolongado a otro lugar. Sabemos que algunas circunstancias ocasionales e inevitables hacen que uno de los cónyuges deba viajar a otro lugar o al extranjero, pero esto debe ser esporádico y por un tiempo muy corto; lo más pronto posible debe volver al seno del hogar.

Aquellos cónyuges que deban viajar fuera del lugar de residencia deben recordar siempre las palabras de Salomón “*Cual ave que se va de su nido, tal es el hombre que se va de su lugar*” (Prov. 27:8). ¿Podrá el esposo cumplir con sus deberes de sacerdote en la familia, mientras está fuera de su casa? ¿Podrá disciplinar a sus hijos? ¿Podrá preservar el culto a Dios en su casa? Sabemos que es deber de la esposa dirigir el devocional en ausencia del marido, pero para ella sería una cruz si esto es por demasiado tiempo. De manera que si el esposo tarda en volver a casa, el santuario de Dios se callará durante semanas o meses.

Lamento tener que decir que hay algunos maridos que parecen disfrutar más de la compañía de cualquier otra persona, que la de su esposa. En sus horas de ocio prefieren estar con otra persona que con su mujer. Las noches son los períodos del día cuando las esposas descansan de sus labores domésticas y tienen tiempo para conversar o leer un libro en compañía de su esposo, pero es muy triste cuando a un hombre le gusta ocupar sus noches en compañía de otros fuera de casa; esto implica algo malo, y predice algo peor.

Con el fin de asegurar, en la medida de lo posible, que el marido se sienta a gusto estando en el hogar, las mujeres deben ser “*cuidadoras de sus casas*” (Tito 2:5), y deben hacer todo lo que esté en su poder para que el hogar sea tan atractivo como sólo el buen genio, la pulcritud, la alegría y la conversación amorosa pueden hacerlo. Esfuércense por convertir su casa en un jardín de verdes prados donde el corazón de su marido ama descansar bajo el sol hogareño.

Unidos para estar asociados, los hombres y las esposas vamos a trabajar denodadamente para cultivar y estar en mutua compañía siempre. Algo no debe estar bien en la vida familiar cuando se necesita la ayuda de placeres o diversiones externas al hogar.

Cuan bueno es que el hombre cultive el estar en su casa, en compañía de su esposa, leyendo buenos libros, o saliendo a caminar juntos en los frescos atardeceres; estas actividades son mejores y más deleitables que irse a cine o a un centro comercial.

Los placeres y deleites en el hogar, cuando el hogar es todo lo que se puede desear, nunca empalagan ni necesitan cambio alguno.

Anhelo y suspiro, tal vez en vano, por ver una sociedad purificada, donde el amor por el conocimiento sea muy intenso y los hábitos de vida sean simples. Donde la verdadera religión y la moral estén difundidas por todas partes; que los hogares se conviertan en el asiento y el centro de las diversiones para los hombres, donde en compañía de una esposa cariñosa e inteligente, y de niños bien educados; cada uno encontrará su mayor deleite terrenal. Hogares donde se experimente tal deleite que no sea necesario buscar la felicidad en nada que esté por fuera de la casa, entonces, las diversiones públicas se considerarían innecesarias.

4. Otro deber impuesto a los esposos y esposas es la tolerancia mutua.

Si la tolerancia es debida a todos, incluyendo a los extraños o a los enemigos, con toda seguridad no se le debe negar a nuestro amigo o amiga más cercano.

Recordemos que el amor “*es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no*

guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor. 13:4-7).

Dondequiera que el pecado o la imperfección exista, hay lugar para la tolerancia del amor. No hay perfección sobre la tierra. Los enamorados, a menudo imaginan que encontraron la perfección, pero una vez se casan se dan cuenta que era un error.

Todos debemos entrar en el estado matrimonial teniendo presente que estamos a punto de unirnos a otra criatura caída. El amor no prohíbe sino que exige que mutuamente nos señalemos nuestros defectos, pero esto se debe hacer con mansedumbre y sabiduría, unidos con toda la ternura del amor, para que no se aumente el mal que pensamos corregir, o no sea substituido por un mal mayor.

5. Un deber impuesto a los esposos y esposas es la ayuda mutua.

Esto se aplica a los cuidados de la vida. El marido no debe emprender nada importante sin comunicar el asunto a su esposa, quien, por su parte, en vez de no tener valor para asumir su responsabilidad como consejera o dejarlo solo para que luche con sus dificultades y problemas, deberá invitarlo para que le cuente libremente todas sus preocupaciones.

Ya que si ella no lo puede aconsejar, al menos lo podrá consolar. Si ella no puede aliviar todas sus preocupaciones, al menos podrá ayudarle a sobrellevarlas. Si ella no puede dirigir el curso de sus negocios, al menos podrá ayudarle a enderezar la corriente de sus sentimientos. Si ella no puede abrir ninguna fuente de la sabiduría terrenal, al menos podrá llevar el asunto ante el Padre y Fuente de la luz.

Muchos hombres, bajo la idea de la delicadeza y debilidad de las mujeres, guardan para sí todas sus dificultades, lo cual sólo los prepara para recibir con mayor rigor el duro golpe que les espera.

A medida que la mujer está dispuesta a ayudar al marido en los asuntos de sus negocios, él debe estar dispuesto a compartir con ella su carga de ansiedades y fatigas internas. Algunos hombres van demasiado lejos y degradan a la mujer considerándola incapaz o no confiable para atender asuntos administrativos o de negocios.

Estos hombres administran el dinero de manera egoísta, y cada centavo que le dan a la esposa, lo hacen a regañadientes, como si le estuvieran sacando su sangre, y le exigen a la mujer una rendición de cuentas tan minuciosa como si se tratara del empleado más sospechoso del mundo.

Estos hombres se encargan de todos los asuntos, interfieren en todo, y toman absolutamente todas las decisiones en el hogar. Al hacer esto, el marido despoja a la mujer de sus

responsabilidades. Al quitarle el lugar que le corresponde como ayuda idónea y compañera de luchas, la degrada e insulta ante sus hijos y conocidos.

Otros hombres se van al extremo opuesto y no toman ninguna decisión en el hogar. Nuestro corazón se duele al ver la esclavitud de algunas devotas, trabajadoras y mal usadas esposas. Luego de estar ocupadas todo el día en el trabajo incesante de su casa, atendiendo a su numerosa familia y los asuntos del hogar, han tenido que pasar en lóbrega soledad sus noches de descanso; pues, sus esposos, en vez de regresar a casa temprano para estar con ellas y acompañarlas, o relevarlas, aunque sea media hora, en sus duros trabajos domésticos o en la dedicación a los niños; prefieren quedarse en una fiesta, reunidos con sus amigos, o, incluso, escuchando un sermón o un estudio bíblico.

Estas sufridas mujeres, luego de acostarse agotadas por la fatiga del trabajo doméstico diario, han tenido que despertarse en la noche para mirar cómo sigue su hijo enfermo o para atender a un inquieto bebé que llora, mientras que sus esposos, los cuales se comprometieron a ser sus compañeros y socios en las penas y enfermedades, siguen como la bella durmiente, porque no están dispuestos a dar una hora de su letargo, aunque eso hubiese permitido un poco de descanso a sus fatigadas y desgastadas esposas.

Las criaturas irracionales son usadas por Dios para avergonzar a estos hombres, porque es un hecho bien conocido que el macho toma su turno en el nido durante la temporada de incubación para permitir que la hembra tome el tiempo necesario para renovar sus fuerzas, comer y descansar. El macho también va con ella en búsqueda de alimento para traer a los pichones que lloran.

Ningún hombre debería pensar en casarse si no está preparado para compartir las cargas, pues, de lo contrario, su esposa se convertirá en la esclava del hogar y en la sirvienta del egoísta señor.

Los esposos deben ayudarse el uno al otro **en asuntos espirituales**. Esto está implícito en la enseñanza del apóstol Pablo cuando dice: *“Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿Oh que sabes tú oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?”* (1 Cor. 7:16). Cuando los dos en la pareja son inconversos, o sólo uno de ellos es participante de la verdadera piedad, se deben hacer los esfuerzos más ansiosos, juiciosos y cariñosos por la salvación del otro.

En un estado pagano, los dos disfrutarán juntos de las dichas del matrimonio y luego viajarán juntos a la perdición eterna. Los dos se consolarán en la tierra, pero luego serán mutuamente verdugos en el infierno. Serán compañeros de felicidad en el corto tiempo terreno, y luego compañeros de mutuo tormento en la eternidad.

Pero cuando los dos en el matrimonio son verdaderos cristianos deben ejercitarse constantemente en el interés y vigilancia por la vida espiritual del otro. ¿Es nuestra conversación constante sobre temas que convienen a nuestra salud espiritual como la redención en Cristo y la salvación eterna? ¿Estudiamos juntos cómo aplicar los remedios para evitar caer en las trampas de la tentación y el decaimiento en la piedad? ¿Nos exhortamos el uno al otro cada día para que no nos endurezcamos por el engaño del pecado? ¿Practicamos la fidelidad sin censura y la alabanza sin adulación? ¿Nos invitamos el uno al otro a crecer espiritualmente a través de la lectura de buenos libros que antes nos han edificado a nosotros? ¿Nos abrimos el uno al otro en el tema de la vida espiritual personal y expresamos nuestros asombros, nuestras alegrías, nuestros miedos, nuestras penas? Muchos debieran avergonzarse de su negligencia en estos detalles.

Esta negligencia no sólo es habitual, sino criminal. Estamos huyendo de la ira venidera, y sin embargo no hacemos todo lo que podemos para ayudar a que los demás escapen. Luchamos por la corona de la gloria, el honor, la inmortalidad y la vida eterna, y sin embargo, no hacemos todo lo posible para asegurar el éxito del otro. ¿Es esto amor? ¿Es esta la ternura del cariño conyugal?

Esta ayuda mutua debe hacerse extensiva a la preservación de todos los hábitos de orden doméstico, la disciplina y la piedad.

El esposo debe ser el profeta, el sacerdote y rey de la familia para instruir las mentes, guiar la devoción espiritual y gobernar sus temperamentos. Pero en todos estos aspectos, la esposa ha de ser de un mismo sentir con él. En esta materia los dos deben ser colaboradores, ninguno de ellos deja al otro solo con el trabajo, y mucho menos se oponen entre sí.

La escena más hermosa que uno puede ver en la tierra es la de una pareja piadosa, los cuales se influyen mutuamente y dedican sus horas de compañía para agitar sus corazones hacia la piedad y las obras de misericordia.

6. Otro deber impuesto a los esposos y esposas es la mutua solidaridad y compasión.

Los tiempos de enfermedad son ocasiones para este llamado. Y las mujeres parecen estar hechas e inclinadas por naturaleza para hacer esto. ¡Oh! mujer, tú eres un ángel sirviendo en la enfermedad. Si no podemos vivir sin ella y ser felices con salud ¿Qué sería de nosotros en la enfermedad sin su presencia y sin su ayuda? ¿Podríamos suavizar, como la mujer lo puede hacer, la almohada sobre la cual el hombre enfermo recuesta su cabeza? No.

No podemos administrar la medicina o la comida como ella lo sabe hacer. Hay una suavidad en su contacto, una luminosidad en sus pasos, una habilidad en sus arreglos, una compasión cuando nos mira con sus radiantes ojos, que es lo que queremos.

Pero la compasión y solidaridad no es solo un deber de la mujer, pertenece igualmente al marido. Es verdad que él no podrá hacer lo mismo que la esposa puede hacer por él, al respecto, pero es mucho lo que el marido puede hacer, y debe hacer todo lo que puede.

Maridos, les exhorto para que hagan todo lo posible para ser hábiles en ternura y amor, en nombre de sus esposas, especialmente si ellas están débiles o enfermas. Hablen con ellas, oren con ellas, despierten con ellas, y en todas sus aflicciones aflíjanse con ellas.

Nunca escuche de manera despreocupada sus quejas. Y, por todo lo que es sagrado en el amor conyugal, nunca, por su fría negligencia, o expresiones petulantes, o una mirada de disgusto, vaya a agravar su salud emocional por el estado de sensibilidad en el que ella se encuentra. Esposo, nunca sumes a la debilidad de su salud física, la afección de sus emociones.

Un hombre que niega sus afectos y simpatía a la esposa que sufre, no solamente es cruel, sino que hace el trabajo de un asesino.

Pero esta solidaridad, simpatía y compasión no sólo es un deber cuando el cónyuge está enfermo, sino que se refiere a todas las aflicciones, ya sean personales o familiares, todos los dolores deben ser compartidos mutuamente, son como dos cuerdas que suenan al unísono. El acorde del dolor no debe sonar en el corazón de uno, sin producir una vibración equivalente en el corazón del otro.

En el caso de la pareja, esta verdad debe ser practicada con frecuencia: *“Sobrelleved los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”* (Gál. 6:2).

Conclusiones:

Hoy hemos aprendido verdades fundamentales para edificar un matrimonio piadoso que glorifique a Dios. Recordemos las mutuas responsabilidades que tenemos en la pareja:

El amor, ese motor poderoso que procede de Dios y que es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, debe ser cuidado como la más delicada flor, debe ser alimentado diariamente con pequeños y grandes detalles, debe ser nutrido con la Palabra de Dios y la oración.

Sin el respeto el amor decaerá y los problemas serán cada vez más grandes. Si hemos llevado un ritmo de irrespeto mutuo, arrepintámonos de nuestro pecado, y empecemos a

considerar al otro como si se tratara de Cristo, así, no le hablaremos con aspereza, ni le haremos reclamos con palabras ofensivas.

Los esposos son compañeros de camino, los dos, se convirtieron en uno sólo ante Dios y ahora viven para socorrerse el uno al otro. Las cargas deben ser compartidas, el dolor del uno será el dolor del otro, pero la felicidad del uno será la felicidad del otro. Si trabajamos en pos de la felicidad del cónyuge, y a diario trabajamos en pos de ello, nosotros mismos seremos recompensados porque también disfrutaremos de su felicidad.

Sin tolerancia el cordón que nos une se romperá, es preciso que como esposos aprendamos de Cristo quien con paciencia soportó las debilidades de sus discípulos y las injurias de sus adversarios. Abandonemos ese espíritu anticristiano de estar reclamando por todo, y de armar nuestros corazones con prevenciones maliciosas. En el matrimonio debe ser más fácil perdonar que reclamar.

El matrimonio es un edificio que se construye entre dos, ambos, de acuerdo a los roles asignados por Dios, asumen su responsabilidad en llevar la carga. Los hijos, el aseo del hogar y todo lo relacionado con la vida familiar no es responsabilidad exclusiva de la mujer, los maridos igualmente compartimos esta carga. Pero por sobre todo, trabajemos juntos como creyentes, como siervos de Cristo que unimos fuerzas para ser más santos, para honrar a Dios viviendo un evangelio puro.